

Manuel Gutiérrez Aragón: *A los actores*. Barcelona, Anagrama, 2015, 166 pp.

Director y guionista de más de veinte películas y autor de tres novelas, Manuel Gutiérrez Aragón es uno de los nombres fundamentales de la cultura española de las cuatro últimas décadas. Responsable de proyectos tan emblemáticos como la adaptación televisiva de *El Quijote* que protagonizaron Fernando Rey y Alfredo Landa en 1991, o de largometrajes como *Habla, mudita* (1973), *Demonios en el jardín* (1982) o *La mitad del cielo* (1986) –galardonados en los festivales de Berlín y San Sebastián–, fue nombrado en 2015 miembro de la Real Academia Española de la Lengua.

Su amplio bagaje creador, y la posibilidad de presenciar desde un privilegiado punto de vista la evolución del mundo cinematográfico en España desde los últimos años de la dictadura hasta la actualidad, están en la base de *A los actores*. A medio camino entre la teoría fílmica y el libro de memorias, la obra va desgranando, por un lado, reflexiones sobre el cine y, de forma especial, sobre la importancia que en él tiene la interpretación actoral y, por otro, recuerdos personales. Gutiérrez Aragón rememora su larga relación con el universo del cine, desde los primeros contactos de niño apasionado por la gran pantalla en su Torrelavega natal y su posterior formación en la Escuela de Cinematografía de Madrid hasta las anécdotas de rodaje que ha ido viviendo en el desarrollo de su profesión. Su relato tiene mucho de personal, por cuanto explica la íntima relación que desde siempre ha tenido con el cine, pero también de colectivo, y permite contextualizar de forma ejemplar su obra y la de otros muchos compañeros que, como él, tuvieron especial relevancia durante los años de la Transición a través de un cine comprometido de testimonio histórico: José Luis Borau –con quien colaboró, por cierto, en el guion de *Furtivos* (1975)–, José Luis García Sánchez, Carlos Saura, etc.

Leído en clave individual y generacional, “A los actores” resulta indispensable para entender la historia reciente del cine español, y, de forma especial, el papel que Gutiérrez Aragón tuvo en ella. En consecuencia, el libro aporta una serie de claves para ahondar en la propia filmografía del director que oscilan entre el análisis de las motivaciones y los objetivos que le llevaron a hacer sus películas y cuestiones más prosaicas, y en ocasiones banales, relacionadas con problemas logísticos o de producción, o incluso con anécdotas de rodaje. Más allá de su curiosidad, esos pasajes se leen con agrado e interés por su visión de los entresijos intrahistóricos del mundo del cine –habitualmente desconocidos,

pero que evidencian las peculiaridades de una realidad que es al mismo tiempo arte e industria— y por su pertinencia para entender las características formales, temáticas y argumentales de los filmes. En ese sentido, resultan sumamente esclarecedores sus recuerdos de infancia, vinculados al paisaje natural cántabro, para comprender la importancia que el bosque ha tenido en muchas de sus películas como escenario físico y mítico. Del mismo modo, la atracción que de niño sentía por las historias de los maquis, unido a su compromiso político —que le llevó a militar en el PCE durante la dictadura—, subyace de forma evidente en la génesis creativa de *El corazón del bosque* (1979), en la que se narra la historia de un grupo de guerrilleros norteños en los primeros años de la posguerra. Tal y como señala el autor en las páginas del libro, “el niño se come las historias” (p. 80), evidenciando cómo aquello que vivió en sus primeros años determinó su forma de ver e interpretar el mundo y, por extensión, de entender su profesión de narrador.

Ahora bien, como ya se ha comentado, la obra tiene también mucho de reflexión cinematográfica. Lejos de limitarse a compilar recuerdos, Gutiérrez Aragón lleva a cabo una lúcida meditación que, trascendiendo su propia obra, le lleva a disertar sobre el cine como arte, lenguaje, narración y medio de expresión. Evidenciando un conocimiento exhaustivo de la historia y la teoría cinematográficas y literarias, el autor va intercalando en el texto referencias a obras y autores sin pretensiones culturalistas, sino con la naturalidad de quien las ha asimilado e integrado en su propio bagaje. Y tal y como indica el título del libro, la importancia de los actores es uno de los núcleos temáticos en los que se centra el autor en sus disertaciones. No en vano, Gutiérrez Aragón demuestra haber sido consciente de su relevancia desde su niñez, cuando “las películas no se conocían por el nombre de su director, sino por el de sus intérpretes. No era un film de John Ford, de Jean Renoir o de Berlanga, era una película de John Wayne, de Maureen O’Hara, de Pepe Isbert o de Carmen Sevilla” (p. 9). Según el autor, “en la contemplación de una película, los actores están antes de todo lo demás, no es que sean lo más importante, ni lo decisivo. Simplemente son un ‘antes’, una señal en el tiempo, una prioridad, no una preferencia, una presencia antes de que los hilos se tejan en la historia, y de que estemos prendidos en ella” (p. 14). De ahí que la presencia y la labor de los intérpretes sea, en su opinión, lo que diferencia al cine de la literatura. Mientras que en el primero la reconstrucción de la realidad está anclada en una referencialidad concreta que aporta la corporeidad de los personajes, en la segunda viene determinada por la interpretación del lector. Semejante reflexión —que permanece subyacente durante toda la lectura y a la que el autor acude puntualmente dentro de una estructura que, sin ser caótica, no sigue un orden ni una cronología rigurosa— resulta sumamente interesante, por cuanto procede, además, de un creador con experiencia tanto en la narración cinematográfica como en la literaria. A través de su propia percepción, pero también de la de otros autores y teóricos —desde José Saramago a Roland Barthes, entre otros muchos—, Gutiérrez Aragón incide en la idea de que lo relevante del cine no es su lenguaje, ni la imposición del código audiovisual

que genera como medio, sino la carnalidad que se desprende de la presencia de los actores en la pantalla.

De la unión de la tesis que defiende el libro con su componente autobiográfico surge el repaso de algunos de los intérpretes con los que el autor ha trabajado a lo largo de su trayectoria: Ángela Molina, Fernando Fernán Gómez, Fernando Rey, José Luis López Vázquez, Óscar Janeada, José Coronado, Clara Lago, etc. Su presencia, especialmente intensa en la segunda parte, combinada con la de otros técnicos y directores, dota a la obra de ese carácter crónico e historiográfico al que antes nos hemos referido, y demanda la inclusión de un índice onomástico que ojalá sea incorporado, para facilitar la lectura y la consulta, en futuras ediciones. Lejos de limitarse a la mera cinefilia, o a la rememoración de anécdotas vividas en su compañía, Gutiérrez Aragón analiza lo que supuso trabajar con ellos, desgranando las diferentes formas de enfrentarse a la interpretación y, al mismo tiempo, lo que cada uno de ellos aporta a los personajes que encarnan. Son muy reveladoras, por ejemplo, las palabras que le dedica a Fernán Gómez. Además de definirle perfectamente como actor, sirven para ejemplificar de forma paradigmática la importancia que Gutiérrez Aragón da a la corporeidad en el cine, y la diferencia que supone respecto a la literatura: "Detrás de cada uno de sus personajes hay otro, una sombra que lo acompaña. Un doble. Le vemos a él en cualquiera de sus papeles [...]. Siempre parece que estamos viendo algo más que lo escrito y representado, que podemos atisbar algo que permanecería oculto si no hubiera una actuación" (p. 94).

Extraordinariamente bien escrito y de muy amena lectura, *A los actores* admite varios registros de lectura. Interesará a quien busque un retrato histórico del cine español contado en primera persona y a quien sienta interés por el cine de Gutiérrez Aragón, pero también a los estudiosos de la teoría cinematográfica. En ese sentido, no ha de confundir su inclusión en la colección de narrativa de la editorial Anagrama: por encima de todo, el libro es un ensayo, muy personal y alejado del rigor canónico exigible a los textos académicos, sobre lo que supone ver y hacer cine.

JAVIER SÁNCHEZ ZAPATERO
zapa@usal.es
Universidad de Salamanca